

Carne de Chivo

Por

Edwin Ortiz

Recuerdo ese día como si hubiera pasado ayer o antier y no así casi diez años. Era un día triste porque descubrí que ese día iban a morir mis chivos. Me había encariñado mucho con esos chivos en el poco tiempo que tenían con nuestra familia y aunque supe desde un principio que estaban destinados a la muerte, tenía la esperanza que iba poder convencer a mis padres a que se quedaran como mascotas de la familia.

Desafortunadamente no fue así y esa tarde llegó el carnicero con las herramientas de tortura. Mi papá lo llevó a la jaula donde probablemente mis chivos estaban temblando de miedo y en la tarde juré haber oído sus gritos. De un golpe estaba mirándolos cocer en una olla pero lo raro era que no reaccioné como pensaba que iba a reaccionar. El aroma dulce me hipnotizó. Tenía hambre. Traté de resistirlo con todas mis fuerzas pero mi hambre fue contra mi voluntad. Cuando mi padre me

ofreció una mordida esa noche, le dije que sí. Cerré mis ojos y abrí mi boca. Perdónenme chivos.